

REFLEXIONES HETERODOXAS SOBRE DOS FINALES DE SIGLO

Por IGNACIO HERNANDO DE LARRAMENDI (*)

Voy a hablar de dos fines de siglo muy diferentes y algo del siglo XXI. Políticamente incorrecta ha sido mi familia desde que Napoleón invadió España. Pero lo correcto, aunque sea aburrido, es lo que se lleva en una «sociedad cómoda». No hablaré de estridencias, sólo de visiones disidentes de lo que casi todos admiten. Decía Quevedo (también políticamente incorrecto): «*no he de callar por más que con el dedo...*»; lo pensé como lema en un libro que traté de escribir sobre reformismo administrativo en 1950; también ha influido en un libro que en febrero presentaré en Madrid «*Bienestar solidario (cementerio de buenas intenciones)*».

I. SIGLO XIX

En el siglo XIX comenzaron las dos Españas, la clásica tradicional y la moderna liberal; han desaparecido en las últimas décadas de este siglo, pues ya sólo existe la anticristiana socialista o liberal; la otra es casi reliquia. El siglo fue en España duro y trascendente, comenzó y acabó con pérdida de una parte de nuestro ser, de nuestras entrañas, de nuestra historia; primero de casi toda la antigua Hispanoamérica, y, al final, de Puerto Rico y Cuba, con La Habana, la ciudad más española a un lado y otro del Atlántico. Fue triste para todos; fin de una aventura de cuatro siglos, la más importante que ha hecho España y que probablemente hará, y también de cualquier país con su dimensión.

En 1492 Castilla tenía unos ocho millones de habitantes. Comenzaban cuatro siglos para civilizar y cristianizar un continente enorme, inmensamente dis-

(*) Fundaciones Tavera y Luis Hernando de Larramendi.

tante, con éxitos y fracasos, con voluntad generosa de dar lo mejor; no conquista sino «ocupación civilizadora». Esta aventura también se hizo con crueldad, violencia, injusticias y errores; pero, con o sin razón, reconociendo o criticando aspectos concretos, todos en el siglo XIX estuvieron de acuerdo en la tristeza, como en la ruina de una gran familia y nostalgia de lo que ya no queda. Sus huellas nos afectan y son antecedente para nuestro futuro.

Comienza el siglo con el impacto de la Revolución Francesa y su antecedente de Ilustración que cambiaron la fisonomía de Europa *con intención expresa de descristianizarla*. Sería interesante estudiar el «impacto ecológico» de los afrancesados entre nosotros, cuánto lo eran porque querían mejorar y cuánto porque era moda, aunque se sentían españoles, como en general ocurre en las «clases frívolas superiores» de poder, de dinero o de inteligencia. La invasión francesa nos dio nuevos dueños, que sólo a los ilustrados querían y sólo con ellos contaban. Los demás eran simplemente «gentes bajo los Pirineos»; nos infravaloraban, como lo hicieron con nuestra capacidad de resistencia y con nuestro orgullo.

La Guerra de la Independencia puede considerarse la *primera guerra carlista* (salvo para alguna parte de España que lo fue la de Sucesión), aunque los que participaron no pensaban siempre del mismo modo. Influyó en América, cuyos primeros levantamientos no buscaban secesión sino defensa de lo propio, aunque después desviaran esta idea inicial.

Nuestro siglo XIX no supo aprovechar lo que existía para mejorarlo, como hicieron Inglaterra y otros países europeos. No sé de quién fue la culpa, y no conviene ahora discutir responsabilidades, sino simplemente obtener experiencia de lo ocurrido.

La Iglesia de ese momento había llegado a ser un monopolio y *todos los monopolios de cualquier clase abusan*, razón principal que llevó a la Reforma y a muchos hechos semejantes en la historia del mundo. El monopolio de la Iglesia era lógico en España, creada para su defensa y que durante ocho siglos luchó con ese objeto, no como capricho pasajero.

Durante el siglo surgieron problemas y necesidades, sobre todo como consecuencia de avances científicos y tecnológicos, pero también de la ruptura con instituciones que se deshicieron en nombre del liberalismo, como abusos, injusticias y necesidades de protección de los transformados en proletarios. Hasta se creyó «injusto» que pudieran defenderse, lo que llevó a movimientos obreros de diferente naturaleza, socialistas y católicos. España, con distintas justificaciones, incluso contradictorias, no se adaptó a las nuevas circunstancias, «perdió trenes» irremplazables.

Cito como hechos relevantes del siglo *desde mi punto de vista* los siguientes:

— *Cortes de Cádiz*. Reacción contra la invasión francesa, primera y única actuación unida de los pueblos y naciones de América con los de España; pudo

haber sido el comienzo de una situación tipo Commonwealth, que hubiese mantenido, por lo menos durante algún tiempo, un sentido de relación, en fórmula distinta al portugalismo de Brasil. De estas Cortes, claramente no carlistas, proceden además, de un modo u otro, las Constituciones nacionales de Hispanoamérica, siempre un hecho relevante a lo largo de la historia.

— *Pérdida de América.* El primer trauma del siglo para España fue la pérdida de la mayor parte de América. La historia dice que España mezcló lo espiritual con la conquista de poder, pero su evangelización fue generosa, no de ambición política sino de ideal espiritual. Las capitulaciones de Colón y otras manifestaciones a lo largo del tiempo muestran la buena fe de los reyes que las inspiraron y de una gran parte de la clase directiva y no directiva que las siguió. *Hispanoamérica fue España*, un transplante de personas, de creencias y de modo de ser. Nos honran las universidades creadas en el siglo XVI, y también que las primeras reacciones de la Edad Moderna contra el sentido patrimonial de «las estructuras» y defensa de los derechos humanos procedan de los teólogos españoles. Me temo que las Leyes de Indias no se aplicaron demasiado, pero la intención demuestra lo que se quería y lo que se pensaba, aunque se olvidasen realidades materiales y la conducta normal de los hombres con poder. Ha sido un ejemplo de buen hacer, a veces equivocado en la ejecución, pero no en la concepción.

— *Guerras Carlistas.* Proceso de resistencia a perder lo acuñado por acciones individuales de cada pueblo. «Casualmente», los carlistas surgieron en las regiones con más amor a lo propio y que ya habían conseguido más libertad para su propia manera de ser. Tuvieron origen dinástico, pero sólo con ello no hubieran podido subsistir; su esencia era la defensa, no ya de la gran España, sino de cada una de las pequeñas Españas que existían. No fueron una manifestación de «irresponsabilidad» sino *un proceso de resistencia a perder lo creado por las acciones individuales de cada zona geográfica*, y también consecuencia del sentido anticlerical que latía en bastantes ilustrados y en la Revolución Francesa. Hasta entonces había descreídos y antagonistas minoritarios, pero faltaba la idea sistemática de vencer a la Iglesia y posibilidad de tener éxito. Los carlistas en sus guerras, cinco con la de la Independencia y la de Navarra en 1936, procedían en general de Cataluña, Levante, Navarra y el País Vasco, con diferentes evoluciones posteriores. Lucharon desde 1833 contra «señoritos capitalinos» con vocación de «despreciar a las provincias», influidos por demagogos retóricos. Del carlismo queda por lo menos respeto general, en tanto de los demás desprecio y olvido.

Iparraguirre, símbolo del carlismo, autor del «Guernicaco Arbola», voluntario a los quince años en la primera guerra carlista, que continuó por el mundo como precursor de bardos y cantautores. Al final de su vida, viviendo en Argentina, se quiso incorporar a la tercera guerra, aunque sólo lo consiguió testimonialmente y pronto falleció. En el momento actual Iparraguirre significa lo que

era el pueblo vasco, que luchaba por sus ideas, por su modo de ser, por sus fueros. Ahora se le vuelve a glorificar y quiero recogerlo aquí, en cuanto enlaza lo más puro del carlismo voluntario y generoso con lo más digno de la voluntad de mantener una propia identidad.

— *Desamortización de Mendizábal*. En España desde el comienzo del siglo se declaró una guerra contra la Iglesia, aunque se decía que solamente contra el poder eclesiástico. Un ejemplo es Juan Alvarez Mendizábal, primer ministro, sectario y ambicioso, que impuso la abolición de las órdenes religiosas y la desamortización, ambos negativos para la nación, pues sin crear riqueza destruyeron estructuras de protección y se facilitó que desapareciese una parte muy importante del patrimonio cultural. Su verdadero objetivo era crear una nueva clase corrupta, pues así se consideraba a los que adquirieron bienes en condiciones muy ventajosas e hicieron grandes fortunas. La desamortización no fue sólo de bienes eclesiásticos sino de municipios y agrupaciones gremiales, de todo aquello que de un modo u otro protegía a hombres y mujeres frente al poder ilimitado del Estado. Fue sobre todo una fórmula para combatir a los carlistas que en nombre del pueblo se oponían a gobernantes sectarios.

— *Supresión de los fueros por Cánovas del Castillo*. Cánovas es ahora una figura «políticamente correcta»; será cierto, pero fue el presidente de gobierno que suprimió los fueros de España, venganza política que creó profundos agravios a largo plazo, como también en este siglo lo ha hecho la supresión del concierto económico a las «provincias traidoras», Guipúzcoa y Vizcaya. La ausencia de fueros abrió la guerra geográfica española, que perdura y se agudiza. Incluso los liberales del País Vasco, con especial protagonismo del prócer Francisco de Zabalburu, hicieron una brillante defensa de los fueros, señalando que las provincias vascongadas, con su voluntad e incorporación libre a la Corona de Castilla, se habían distinguido por su lealtad a la nación española y que no eran patrimonio del carlismo sino vínculo de unión de todos los vascos, profetizando graves daños futuros. Cánovas quiso ser templado, pero no lo fue, no transigió. Una frase suya parece impropia: «*la guerra causa estado, la fuerza constituye el derecho y es fuente de derecho*». Cuando algunas Juntas Generales se opusieron ordenó la disolución de todas, aunque luego se concedió un concierto económico. Es uno de los aspectos negativos del siglo XIX español, en que triunfaron los progresistas a costa de los carlistas, hecho clave que hasta hace poco apenas se tenía en cuenta pero que resalta porque los españoles estamos pagando sus consecuencias.

El carlismo era el pueblo español con una manera de ser *idealista, aunque quizás poco práctica* y que representaba una realidad inmersa en la vida de los hombres. Recuerdo un artículo que mi padre escribió en 1942 para una pequeña publicación clandestina impulsada por los Larramendi y amigos, que incorporo a esta exposición. Los liberales representaban la ambición política superfi-

cial, el caciquismo, la manipulación de votos para el sufragio, y en su fondo el deseo de oponerse a un Dios que coarta la absoluta libertad de los humanos. No se trata de decir todos buenos o todos malos, en todas partes ha habido de todo y en todas partes aparece la crueldad, característica de la humanidad, de esa época y de la nuestra.

Llegamos al fin de siglo; su mundo fue muy complejo, con diferentes situaciones tratadas con amplitud en esta Casa de América y en otras muchas instituciones. Mi punto de vista, que completa y no sustituye otras opiniones, es el de un carlista. Son fines de siglo muy diferentes el del siglo XIX y el del XX, pero no es fácil entender uno sin otro. Son momentos, y aún más los fines de milenio, para reflexionar; es lo que con peor o mejor fortuna voy a hacer.

Casi sin excepción hubo reconocimiento de fracaso, que llegaba a todas las regiones y a todas las clases por la amplia presencia en Cuba de catalanes, vascos, gallegos y canarios. Fue un gran error de España, de irresponsabilidad de los gobernantes, «con obligación de saber más»; de irresponsabilidad de la prensa, que no cumplió con su deber; y de irresponsabilidad de la nación en un conjunto (incluso de los carlistas). Solamente el General Prim, Jefe del Gobierno treinta años antes del 98, previó lo que iba a ocurrir y propuso un plan de independencia, pero un anarquista le arrancó la vida y su propuesta quedó olvidada; para los gobiernos de esa etapa era un tema secundario que podía perjudicar su captación de sufragios. No puedo entrar en ello, pero recomiendo el libro de Javier Rubio García-Mina, diplomático e historiador, *La cuestión de Cuba y las relaciones con los Estados Unidos durante el reinado de Alfonso XII: los orígenes del "desastre" de 1898* (Madrid, 1995).

Destaco la deuda que contrajo España con Cuba, pues por su miopía y frivolidad la puso en manos de los Estados Unidos. Es deuda con un pueblo hermano que España tendrá que pagar; si no lo hiciera y no ofreciese la máxima ayuda cuando sea prudente y oportuno perderíamos nuestro honor, o lo que de él nos quede.

El Almirante Pascual Cervera salvó el honor, *que ya es bastante*, advirtiendo al gobierno de la inutilidad y tragedia que iban a producir sus decisiones, pero no fue escuchado, salió a dar la batalla y hacer de «pim, pam, pum» de la flota de los Estados Unidos; hombre de honor, como buen marino fue ejemplo para ese fin de siglo y también para el actual, en que hasta los más sociológicamente afines desprecian el honor a los que lo sienten, inmersos en objetivos consumistas para mí despreciables.

Me complace en destacar algunas aportaciones carlistas en el fin de siglo, que hubiesen podido ser útiles y positivas para el siglo XX, e incluso para el siglo XIX.

— *Juan Vázquez de Mella*, el gran tribuno; luchó por algo que hoy se ve indispensable, las sociedades intermedias, lo societario frente a lo «estatista» y el enfrentamiento entre Estado, Administración Pública e instituciones, de que

dependen o están muy integrados los propios ciudadanos y tienen más arraigo los que directamente gestionan que los que transitoriamente ocupan el poder político. Vázquez de Mella fue un precursor y por eso ahora se tienen en cuenta sus opiniones. Concebía la soberanía social como «*la jerarquía de personas colectivas de poderes organizados independientes, desde la familia hasta la soberanía política, concretada en el Estado, al que deben auxiliar pero también contener*». Una reciente conferencia del historiador Juan Carlos Peñas Bernaldo de Quirós con motivo de su centenario comentaba ampliamente la doctrina de este asturiano ilustre, que igualmente inspira mis propósitos personales de reformismo.

— *Joaquín Costa*, gran «regeneracionista» en el entorno del carlismo, que le admiraba, consciente de que en España era necesario un reformismo operativo, distinto entonces del conveniente ahora. Se le consideró como figura extraordinaria, que entre la irreflexión y la decadencia fue el único que promovió en el siglo XIX mejoras concretas de estructura, no de «ideología». Su figura se está de nuevo recordando. El último número del Boletín de la Institución Libre de Enseñanza de la Fundación Giner de los Ríos le dedica especial atención, con el título de «*Joaquín Costa y el proceso de modernización de España*», que, entre otros aspectos, analiza su vinculación al carlismo.

— *Salvador Minguijón y Severino Aznar*, carlistas aragoneses que representaron la «preocupación social» en este fin de siglo. Mi padre (1) fue su colaborador en movimientos de defensa del trabajo; fueron los principales impulsores del «Instituto de Reformas Sociales», que se transformó en el Instituto Nacional de Previsión y después en la Seguridad Social, que tanto preocupa y que históricamente procede de su esfuerzo, cuya visión se extenderá a todo el siglo próximo como ha hecho en el actual.

— *Marcelino Menéndez y Pelayo*, el gran polígrafo cántabro y español, uno de los mejores de todos los tiempos y de todas las naciones, con impacto que no desaparece en nuestro pensamiento político, social, sociológico y literario, figura excepcional a quien ahora se vuelve a recordar y honrar. Es una gloria española, con profundo arraigo de pensamiento carlista.

— *Ramón del Valle Inclán*, intelectual contradictorio; se considera como escritor principal de este período y se revalorizan sus aportaciones. Representó el espíritu carlista, con defectos y virtudes, que reflejan los de una época y los de Galicia.

Estos ejemplos muestran que frente a confusión, contradicción y sectarismo, algunos carlistas estuvieron en vanguardia para analizar la realidad del país y su futuro; no dominados por el resentimiento ni el complejo de inferioridad, sino

(1) Fue tribuno forense y político dedicado siempre al carlismo, en que fue Secretario político con don Jaime, en lo que entonces se llamaba «Jaimismo».

actuando con perspectivas generales, de modo poco frecuente en ese período histórico. Lo que buscaban ha trascendido y merece recordarse.

También debo citar, porque es de justicia, aunque sea grande mi diferencia ideológica, los esfuerzos, con origen en el «krausismo», para impulsar actuaciones que en el siglo XX se plasmaron en la Junta de Ampliación de Estudios, la Institución Libre de Enseñanza y la Residencia de Estudiantes, que llevaron a la creación de un núcleo científico e investigador en varias áreas, que ha dado gloria a España; aun con sus muchos méritos, no me atrevo a considerarlo de «espíritu carlista».

No comento otras áreas del «98», principalmente literarias, a que tanto esfuerzo se está dedicando. No sabría hacerlo y además no hace falta.

II. SIGLO XX

La resaca del 98 inició este siglo. Se ampliaron las injusticias y continuó la lucha «antiiglesia», que en parte protagonizó el anarquismo y el socialismo. En gran parte su centro ideológico estaba en el Ateneo de Madrid, progresista e izquierdista. Mi padre, que muy joven asistía a él, me contaba: *«decir en el Ateneo en los primeros años del siglo que uno es carlista es como decir que ha nacido en Marte»*. ¿Quién podía en ese momento suponer que cien años más tarde serían reconocidos y respetados los carlistas, entonces tan ignorados, y que en cambio lo serían poco los progresistas de esa época?

Continuaron las preocupaciones políticas superficiales, con estructura caciquil de poder. La primera manifestación destacada de violencia del siglo fue la bomba en la boda de Alfonso XIII. Mi padre, pasante de un bufete republicano, defendió a un ayudante de Mateo Morral, con actitudes enérgicas, hasta violentas, que le abrieron camino en el foro español y que además le dieron el reconocimiento de los anarquistas, que en 1936 salvaron su vida en San Sebastián, pues conocían quién era y dónde se ocultaba y le respetaron. En esa época también se abrió el post-carlismo, a que fueron de diferente modo muchos de los que hasta entonces así se habían considerado; en Aragón para defender reformas sociales; en Valencia creando la Derecha Regional Valenciana; en el País Vasco con el nacionalismo vasco; y en Cataluña con la Lliga. Al tiempo se acentuó la lucha antirreligiosa en Cataluña, con la Semana Sangrienta y la Escuela Unica de Ferrer. En la política nacional los «caciques» continuaron apoyando a los políticos mediocres e irresponsables cuya única ambición era el poder, olvidando que un «ministro» tenía que servir y no servirse. Al mismo tiempo se amplió la presencia y acción de los socialistas y sus sindicatos, con Pablo Iglesias principalmente.

Esa situación llevó a la «dictadura», o mejor dicho «dictablanda», de Primo de Rivera, probablemente la menos cruel y autoritaria de la historia del mundo.

Trató de resolver los problemas sin profesionalismo. La mayor parte de los partidos se disolvieron, los carlistas cesaron en su acción política; sólo algunos, pocos, fueron miembros de la Unión Patriótica. Los socialistas participaron, con Largo Caballero, y reconocían que no se buscaba una acción antiobrerista. El llamado dictador era demasiado ingenuo; contra él se revelaron los intelectuales y acabó siendo destituido por el Rey. La «dictadura» fue una reacción contra abusos en la política de entonces; apuntó soluciones importantes, sin estrategia de permanencia, aunque sin duda *fue un aliento generoso*.

Con esto llegó la República, también por influencia de núcleos intelectuales descontentos de la dictadura y convencidos de que sólo ellos salvarían a España, aunque pronto comprendieron su error y llegó el «no es esto, no es esto», de Ortega y Gasset. Los temas que en la «dictablanda» habían quedado congelados aparecieron con virulencia; el 11 de mayo de 1931 volvió la guerra religiosa con la quema de los conventos. El 10 de agosto de 1932 hubo una asonada, algunos amigos de la buena sociedad de Madrid se sublevaron frívolamente con el General Sanjurjo, lo que parece irritó mucho a Manuel Azaña. En las elecciones de 1933 se produjo una reacción contra lo radical, pero llegó la «*revolución de octubre de 1934*», promovida por el partido socialista, que es lo que en realidad comenzó la Guerra civil. Desde entonces no hubo paz. En enero de 1936, con nuevo triunfo electoral de la izquierda, se exacerbó el odio anticlerical y se planearon los asesinatos de curas y monjas de julio de 1936. Los carlistas de Navarra prepararon la última de sus guerras, aunque fuese con geografía limitada. Los falangistas, anticarlistas, aparecieron por contagio de Italia, más que de Alemania, con una ola que invadió la sociedad. Por otra parte, aparecieron los intereses geopolíticos de Alemania, con la colaboración de Italia, contra Rusia, y viceversa, y la preocupación de las principales potencias europeas que dudaban si proteger las actuaciones de unos u otros.

¿Quién hizo posible que un «conflicto» se transformase en una gran «tragedia»? ¿Quién puso la guinda en este gran estallido? Todos tienen culpa, pero aunque hoy sea políticamente incorrecto, pienso que lo fue Azaña (y lo pensaba antes de la reciente aparición de sus memorias), intelectual frío que despreciaba a los que le rodeaban y quería cambiar personalmente todo lo que no le gustaba de la España religiosa que había conocido y que también despreciaba, y con ello, aun contra su voluntad, precipitó el desastre.

El 18 de julio, que ahora se considera atentado a la libertad de una nación, tuvo una realidad distinta, que conocí por experiencia directa. En el lado «*nacional*», los carlistas, que iniciaban su «quinta guerra» para defender lo propio, su religión, sus principios; el ejército, al que también se había querido humillar, con voluntad de orden y de estabilidad, que veía amenazados; y los falangistas, creados por José Antonio Primo de Rivera, al que se reconocía alto nivel intelectual y desinterés y no se sabe cuál hubiese sido su evolución si hubiese vivido, probablemente no la de fascista recalcitrante. En el lado «*leal*» estaban los

intelectuales, aunque algunos se arrepintieron, los movimientos antirreligiosos socialistas y anarquistas, y los movimientos separatistas.

Llegó el asesinato de José Calvo Sotelo, jefe de la oposición, secuestrado a cincuenta metros del que era mi domicilio; desde entonces no hubo remedio, se produjo el levantamiento, sobre todo en Navarra y en la Castilla de los falangistas, y al tiempo el del Ejército, con la entrada de Franco, con muy pocos en la Península. Recuerdo que el mismo 18 de julio, en San Sebastián, mi padre me dijo: «*con Franco todo se perderá*», nunca llegué a enterarme de por qué lo decía. *Esa fue la realidad*, que apreciamos y apreciaron todos los que la conocieron en las dos partes, cada uno con sus puntos de vista. Destaco dos hechos olvidados que ahora apenas se tienen en cuenta y que considero básicos para el análisis de esa situación.

— *La «cruzada» de los carlistas navarros* (lo suyo sí lo fue), que salieron un domingo llamados por su viejo rey, de ochenta y cuatro años, hermano de Carlos VII, en alpagatas, sin pensar más que en un ideal. Fue uno de los fenómenos gloriosos de la historia española, en la que tuve *el gran honor y la suerte* de participar directamente, a los diecisiete años, porque ya lo había hecho un hermano mío de quince años. Recientemente he leído un libro de Javier Nagore, ex combatiente de aquella época, notario jubilado después, titulado *Cantan siempre al avanzar*, frase que me ha impactado porque describe el estado de ánimo que existía en la parte de la guerra que conocí, al final de ella, en que aún conservaban ese espíritu los veteranos de varios años de guerra de la *Compañía de Tolosa del Tercio de San Miguel*, a que yo me incorporé. La había creado Elías Querejeta, ingeniero, uno de los carlistas más dignos y valientes, que se sublevó en San Sebastián el 18 de julio y que después salió para la ciudad de Tolosa. Su hermano José Mari, médico después y especial amigo mío, fue jefe directo de mi unidad, en la que no conocí nunca crueldad ni injusticia, ni tampoco en su entorno; supongo que tuve suerte en aquel Tercio, análogo a otros navarros; no era fácil que faltasen esos defectos, *pero yo no los vi*. La primera vez que avancé en combate, en zona muy batida, vi cómo el que iba a mi lado se detenía tranquilamente para atarse los cordones de las botas. En el mundo actual se ha acabado la bondad y generosidad de entonces.

— *La explosión anarquista el 18 de julio en Barcelona y Cataluña*. Ahora se olvida, pero fue ultra trágica. Trató de destruir íntegramente la estructura y vida ciudadana de Cataluña y en todo caso consiguió *el máximo nivel de poder público que los anarquistas han conseguido en toda su historia y en cualquier país del mundo*; por ello se exiliaron bastantes catalanes que después dijeron que lo habían hecho por Franco, muchos llenaron San Sebastián en 1937 y 1938. La acción anarquista en Huesca en pocos días asesinó a un tercio de los sacerdotes de la provincia y a un gitano, el «Pelé», recientemente beatificado. Estas acciones anarquistas se han glorificado recientemente en la película «Las libertarias», creo que oficialmente protegida.

Sólo con conciencia de estos dos hechos se puede comprender por qué la Guerra Civil fue inevitable, pues la legitimidad del Gobierno ya se había perdido, y no sólo desde el asesinato de Calvo Sotelo, y más de una mitad de los españoles querían protegerse.

El triunfo de Franco fue completo, para sus enemigos en la guerra y para sus aliados internos. Los falangistas, utilizados en general y advenedizos, vieron en ella una oportunidad; los carlistas casi se desintegraron en la «unificación» de 1937, incorporándose muy pocos al poder, en varios casos en el Ministerio de Justicia, pero no su mayoría. Muestra de este triunfo total, no solamente superficial, es mi recuerdo al comienzo de los años «cuarenta», donde fui «algo activista» contra el régimen, pues en cualquier tipo de movimiento, o «salto», como se llamaba entonces, en el sitio más inesperado, se nos echaba encima el conjunto inorgánico de gente que allí estaba, sin duda contenta con los que gobernaban.

Se fue creando en esos años el «régimen franquista», que no es mi intención comentar, con crueldad que impidió suavizar tensiones y que compensa el crédito de sus grandes realizaciones, como «pensiones», «sanidad» y sobre todo la más importante, evitar la entrada en la Segunda Guerra Mundial; algo por suerte pero mucho por habilidad y decisión. Se siguió adelante hasta llegar al «tardo franquismo», que precedió a la transición y a la que muchos se apuntaron, como lo habían hecho bastantes falangistas en nuestra guerra y los residentes en Francia en 1944. La crueldad fue la cualidad negativa de Franco. No sé si al acabar la guerra hubo las ejecuciones de que habla Javier Tusell, o las que dice Ricardo de la Cierva, pero en cualquier caso existieron e impidieron lo que hubiese sido la paz generosa que esperaban muchos españoles.

Un hecho positivo de nuestra contienda fue el exilio en Hispanoamérica, principalmente en México, con una extraordinaria aportación cultural y de «inteligencia», en parte procedente de esos «institucionistas» antes citados; entre ellos se conservó más amor a España que en los que habían querido defenderla y algunos de regreso nos han vuelto a enriquecer; desafortunadamente no fueron carlistas.

Después de un examen de mi larga, agitada, variada y fructífera vida, hay dos hechos de los que me siento especialmente orgulloso, aparte del de haber creado una gran familia, que permanece unida y con éxito profesional *independiente*. Estos hechos son:

— Mi participación en la Guerra Civil, en el ejército carlista de Navarra; no he vuelto nunca a sentirme con más dignidad, que era la de los que me rodeaban.

— Ninguna persona de los «Larramendi», directa ni indirectamente ha participado después de la guerra en la política y gestión franquista, que hubiésemos considerado traición a la línea de nuestra historia familiar.

Llegó la muerte de Franco y la transición, que no hubiese sido posible sin una Corona que representaba a todos los españoles; nadie podía prever que el triunfo de los «rojos» se produjese con la bandera roja y gualda. La transición fue un hecho muy positivo; lo juzgo ahora, quizás no tanto entonces. De ahí surgió la «Constitución consensuada», con muchos defectos, pero que sirvió para una evolución pacífica, aunque alguien decía que los portugueses habían tenido una transición violenta, con dos heridos, y los españoles una transición pacífica, con más de mil muertos. Después el triunfo de los socialistas, con política sectaria —aun con generosidad para la familia de Franco—, que consideraban que la religión, que había de destruir, era el opio del pueblo, y para ello intentaron apoderarse de la sociedad, que consideraban propiedad el partido elegido por sufragio, negando la influencia de las estructuras sociales de cualquier clase. Se quería llegar a un nuevo PRI, que incluyese la *participación de la justicia*, que ahora padecemos, con graves consecuencias en el siglo XXI.

Llegamos al final del siglo XX, en que ha fracasado el marxismo, el socialismo, la burocratización de la vida social y pronto lo hará el liberalismo. En Rusia desapareció sin agresión externa, únicamente por inoperancia de su macroburocracia y sin ese «hombre nuevo» del que todos hablaban para cambiar la humanidad, aunque quizás lo llegará a ser el «hombre consumista».

Al analizar este siglo hay que destacar que en estas últimas décadas han aparecido instituciones que considero de espíritu carlista, aun con origen variado, útiles para nuestro equilibrio con el próximo siglo y con el denominador común de «sentido societario» y «gran éxito empresarial», que sin monopolio ha llevado a ser a cada una líder en su sector. A algunas no les gustará mi atribución, pero soy libre para expresarla. En todo caso, a MAPFRE no se le puede negar ese carácter, pues esa fue mi decisión consciente en todo el tiempo que la impulsé y dirigí.

— *Grupo MONDRAGON*, creado por un sacerdote de filas muy nacionalistas, el Padre José María Arizmendiarieta, con quien me unió buena amistad. Comenzó con una escuela industrial y tuvo la visión de superar barreras locales, integrándose en toda la nación, y de extenderse a otros países. Su espíritu cooperativo, adaptado a situaciones y necesidades de cada momento, han llevado a este triunfo internacional desde un pequeño pueblo de Guipúzcoa.

— *Cooperativa ACOR*, remolachera, muy distinta a la anterior, fundada por Onésimo Redondo, emblemático fundador de las JONS, que murió el 20 de julio de 1936 en una emboscada a los dos días de salir de la cárcel. Su propósito era proteger a pequeños propietarios y trabajadores agrícolas ante las «combinaciones capitalistas». ACOR siguió después vinculada a la familia de la esposa de Onésimo, Mercedes Sanz Bachiller, y tuvo su principal desarrollo cuando accedió a su presidencia un médico psiquiatra, Adolfo Sánchez, casado con una Martín Sanz, que incluso llegó a la presidencia de los remolacheros europeos.

Ha constituido una pieza importante de la vida asociativa de Castilla y creo será factor destacado y referencial para el desarrollo azucarero de España en el siglo XXI.

— *MAPFRE*, a la que he estado vinculado gran parte de mi vida. Es una mutualidad que en contra de todos los pronósticos, después de una situación de absoluta insolvencia en 1955, se ha convertido en el mayor grupo español de seguros, único capaz de enfrentarse a «invasiones» extranjeras y con destacada presencia internacional. A finales de los años cincuenta se propuso para que superviviese transformarla en sociedad anónima, pero me opuse, perdiendo ocasión de enriquecerme, pero haciendo posible las bases de su desarrollo posterior, que en su mayor parte fueron consecuencia de esa decisión «institucional» y «no mercantil».

— *EL CORTE INGLES*, iniciativa puramente individual de Ramón Areces, que creó la mayor empresa de su clase en España y quizás en Europa, y que antes de su fallecimiento aportó la casi totalidad de sus acciones a una fundación con su nombre, lo que la convierte en institución con el espíritu carlista que yo atribuyo, aunque mi afirmación sorprendería a su creador. Es una gloria de España; no ha dependido nunca de instituciones financieras y ha creado la propia y llegado a ser el principal ejemplo de mecenazgo en España.

— *LA ONCE*, Organización Nacional de Ciegos, institución original española que ha servido para resolver las dificultades e inferioridad de una amplia gama de discapacitados; es ejemplo único en el mundo, que ha sabido encontrar su función básica social y que debería exportarse de algún modo a los países de Iberoamérica. Es una pieza fundamental de la vida social española.

— *LA COPE*, la cadena de radio promovida por la jerarquía católica, aun con forma de sociedad anónima, que constituye el único «medio de comunicación», realmente orientado en España a la defensa independiente de los ciudadanos. Sin casi conocimiento de su existencia, advertí que era el único que se opuso absolutamente a la deificación de Mario Conde, impulsada *por todos los restantes «medios» de alguna dimensión*. Fuera de publicaciones de escasa dimensión, casi «hojas parroquiales», es la única con preocupación efectiva cristiana, no sólo eclesiástica, para defender principios y valores, y además ha conseguido éxito económico y reconocimiento general.

Debo también comentar que el *Banco de Santander*, creado por esfuerzo histórico gerencial de una familia, sin origen en servicios públicos monopolísticos ni en «concentración» de entidades, es en mi opinión el único ejemplo semejante a los anteriores en el mundo empresarial no institucional.

Con otras características, también hay que incluir las Cajas de Ahorro, con espíritu social desde su origen. *Caja de Madrid*, desde 1702; *Caixa de Pensiones de Barcelona*, desde 1844; y *Caja Sur* (antes Caja de Ahorros del Sr. Medina de Córdoba), desde 1864; y prácticamente todas las restantes. *Probablemente cons-*

tituirán la principal base financiera futura de nuestra nación, en especial si no se instrumentalizan por partidos y gobiernos autónomos y saben conservar un espíritu asociativo no mercantil ni partidizado.

En una nación no sólo existen esfuerzos fructíferos de personas, empresas e instituciones como las que he citado y otras menos conocidas o destacadas. La evolución buena o mala puede depender de muy diversos esfuerzos y de muchos factores, pero los anteriores son ejemplos que contribuyen a la mejora y al equilibrio de una nación.

Nada más en este siglo; el futuro, que comienza en estos años, se refiere al próximo siglo.

III. CAMBIO DE SIGLO Y MILENIO

Llega otro fin de siglo y al mismo tiempo de milenio, con un año 1998 importante no sólo para valoraciones históricas, incluyendo las heterodoxas como la mía, sino para alguna visión de futuro. Se debe mirar hacia adelante, como ocurría hace un siglo, aunque entonces había sobre todo tristeza y desesperanza y ahora en cambio lo que hay es *euforia*, que domina sobre todo, con excepciones subjetivas. En gran parte es una consecuencia del hedonismo que caracteriza este fin de siglo, con un símbolo en España de ser el país con menor índice de natalidad del mundo, 1,3% cuando la simple reposición exigiría 2,1%; o sea, en principio, si este cálculo es exacto, cada año se pierde por este concepto un 0,8% de la población, unas trescientas mil personas. Me parece manifestación de egóismo, pero también consecuencia del «nivel efectivo de bienestar», orientado sólo a mayor capacidad de disfrute y comodidad, que olvida el pasado y el futuro. He viajado mucho y con ojos abiertos y creo que en ningún país occidental existe hoy un «nivel efectivo de bienestar» más alto que en España, aunque su simple «renta per cápita» sea más reducida que la mayor parte de la Unión Europea. Sería muy conveniente alguna investigación o estudio para el análisis de este factor, pero reconozco que es difícil conocerlo.

Esa situación se ha conseguido no sé cómo y me temo que en contra de objetivos para mí importantes. ¿Quién es el responsable? Yo no lo sé; comenzó con el franquismo, continuó con la transición y con los socialistas y ahora la mantiene e incrementa la derecha. Es el hecho actual más característico, con espíritu materialista exclusivo y excluyente, a que se subordina cualquier clase de valores y objetivos generosos; lo único importante en la España actual y probablemente futura (al menos a corto plazo), se relaciona con la descristianización de España, que no depende sólo de que haya menos instituciones eclesiásticas o menor asistencia a la misa dominical, está en la vida cotidiana y sobre todo en el reconocimiento colectivo de sumisión a un Dios concreto. Recuerdo la famo-



sa trilogía de Arturo Barea, quizá el mejor escritor sobre nuestra guerra civil, no sé por qué ahora olvidado. Hablaba de prejuicios religiosos en dirigentes de la zona oficialmente anticatólica; cuando lo leí hace muchos años me impactó. Ahora esos prejuicios han desaparecido en la derecha, no tanto producto de la política hostil de un gobierno socialista como de lo que significa la revista «¡Hola!», con aceptación generalizada de nuevas costumbres. Al tiempo, también desaparece la familia, realidad que a unos gusta y otros no (a mí no), pero que caracteriza los años en que estamos inmersos.

Solamente se salva de esta situación la actividad caritativa de la Iglesia Católica, secular o regular, que podría llamarse «gran mafia de amor cristiano que ayuda a los más desamparados de muchas partes del mundo». CARITAS es ejemplo de ayuda desinteresada a marginados sociales. Parece que la Iglesia al perder su monopolio se ha convertido en vehículo principal de esta actuación; *esto sí que es positivo*. Fuera de ella son pocas las acciones prácticas, en general religiosas no católicas, y muchas en cambio las retóricas teóricas. Afortunadamente no se han perdido las relaciones de «buena vecindad», la ayuda de los más «pobres» entre sí, con más importancia de la que se supone. No acabo de comprender esta situación, me parece ilógica, como también me lo parece que continúen las vocaciones religiosas de cualquier tipo en un ambiente como el actual.

Ante esta situación, puede haber cuatro posturas:

— *La de los contentos y cómodos*, a quienes resulta satisfactorio lo actual y no quieren indagar en lo futuro, ni en las mejoras que parecen indispensables.

— *Los «contreras» sistemáticos*, que por principio impugnan todo lo que hacen los que gobiernan o los que quieren gobernar, por razones de alguna clase de ideología o sectarismo, o simplemente por propia mentalidad.

— *Los que temen el futuro*, conscientes de que el sistema económico tiene necesidad de «ir siempre a más», de no detenerse, y que cuando algún límite aparece significa tensión (como por ejemplo lo ha sido en estos últimos meses los famosos dragones asiáticos), y puede producir reacciones violentas o muy complejas.

— *Los que creen que esta situación carece de sentido ético y de sentido de fraternidad*, aunque aparentemente sea satisfactoria, y por eso debe ser repudiada.

Yo estoy de acuerdo con estas dos últimas.

Quiero también comentar algunos aspectos concretos actuales que merecen la pena citarse:

— *Globalización y Europa*. Estamos en una humanidad crecientemente globalizada, con tendencia que no puede detenerse si no es por algún trauma violento, humano o de fuerzas de la naturaleza. Es consecuencia de la investigación

y el desarrollo científico, que la libertad ha hecho posible, cuya verdadera repercusión casi no ha empezado. Su manifestación próxima para nosotros es Europa, «coordinación de países limítrofes para competir mejor», pero también atadura y pérdida de independencia para los gobernantes nacionales, de lo que en general tenemos que congratularnos. Esta integración no puede retroceder, salvo con tensión, probablemente sangrienta. Europa es una necesidad y no elección para buscar una panacea. Se dice que Maastricht no resuelve los problemas, naturalmente, los del hombre nunca se acaban de resolver, salvo mal y despacio. Hay que considerar esa nueva Europa como adaptación institucional a la nueva situación científica y tecnológica. *No se pueden aprovechar al máximo las ventajas que se reciben, más que en cualquier otro momento de la historia, y negarse a aceptar las ataduras y ligaduras que implican.*

— *Desempleo.* No hay en España ni en Europa trabajo para todos. La informática, la globalización y el trabajo de la mujer son factores de carácter estructural que los gobiernos no pueden evitar ni resolver, como no se les puede pedir que llueva. Una sociedad madura debería proporcionar empleo efectivo a todos los ciudadanos, o al menos así nos lo creemos, por ello cabe considerar angustiosa esta situación. En Egipto el gobierno ofrece un puesto de trabajo a los titulados universitarios, pero sólo de tres horas cada día, que se suceden en una misma mesa; otra cosa no cabe. La jornada de treinta y cinco horas sin reducción de poder adquisitivo, que tanto gusta a la izquierda, significa que los que ya tienen el privilegio de un empleo fijo, difícilmente modificable, aumenten sus ingresos reales y con ello la injusticia. No veo posibilidad de mejora sustancial, solamente posible con algún cambio social profundo, o con alguna catástrofe que diezme la población.

— *Burocracia pública,* no preparada en España para atender a sus obligaciones, que se mantiene por rutina en algunos servicios centrales, comunidades autónomas y municipios, no utilizando nuevos métodos de gestión, sin afrontar modificaciones, que siempre haría perder algunos votos. Nadie se preocupa de corregir esta situación y no se aprecia necesidad de mejora sustancial. Es una situación semejante a la que a fines del siglo XIX preocupaba a Joaquín Costa, entonces en el área de agricultura y ahora de la gestión pública.

— *Mayor presencia española en el exterior* (esto es positivo), principalmente en Europa, que contrarresta la influencia exterior en nuestra nación; se ofrecen servicios y productos en otros países y antes sólo materias primas. Hay un cambio de actitud hacia nosotros, se nos respeta y considera rivales competitivos con calidad gerencial; se ha percibido últimamente y creo se ha de incrementar en el futuro con el enorme salto en educación superior, al menos en número de estudiantes, producido en las últimas décadas, más que en ninguna otra nación europea. Al mismo tiempo hay un número desproporcionado de españoles dirigiendo instituciones mundiales y europeas, por «méritos», no por «cupos»; casos especiales son Juan Antonio Samaranch en el deporte mundial; Federico Mayor

Zaragoza en la UNESCO; Javier Solana en la OTAN; José María Gil Robles en el Parlamento Europeo; Enrique Iglesias, nacido en España, en el Banco Interamericano de Desarrollo. Otra realidad que no sé a qué atribuir.

Entrando en repercusiones, en el siglo XXI hay algunos aspectos que no dependen de la capacidad o voluntad de los gobiernos; están por encima de ellos, como la globalización y el desempleo, fáciles para criticar a los que están en cada momento en el poder. También habrá repercusiones sociológicas que no se puede prever, ni saber cuáles son, consecuencia de cambios profundos en las últimas décadas; en especial: el proceso brutal de mejora de comunicaciones, teléfono móvil e internet, las posibilidades genéticas, la despreocupación ética, la menor influencia de la familia y el olvido consumista de valores. Todas han de tener una repercusión en la sociedad, cualquiera que sea el gobierno, y nadie conoce con exactitud sus consecuencias, aunque gobiernos y ciudadanos deben estar alerta para actuar a corto plazo en interés general. Desgraciadamente, a la vista de las conveniencias electorales, los gobernantes y sus asistentes tienen miedo a cualquier modificación a largo plazo, siempre negativas en lo inmediato.

Pero con independencia de lo anterior, que prácticamente es ajeno a una acción lógica de gobierno, quiero hacer *personalmente* algunas recomendaciones de lo que podría ser una estrategia de actuación para nuestro futuro. Voy a indicar lo *que yo impulsaría si tuviese la responsabilidad política de la nación* (algunos pensarán éste «el sueño de una noche de verano de un carlista jubilado»), sin que por «mis circunstancias» amenace ninguna estructura de poder real. *Lo que propongo es claramente viable y en mi opinión indispensable para que España sea un país digno y por supuesto recobre algo del sentido cristiano que ha perdido.*

— *Conseguir una reforma consensuada de la Constitución*, con la experiencia de estos años y el análisis de lo que en ella podría dificultar la acción política en el siglo XXI. Es de esperar que se encuentre una persona con las cualidades de Emilio Attard, padre de la actual Constitución, buen amigo mío y recientemente fallecido, y que los radicales de todas las tendencias pierdan influencia y se evite su intromisión negativa. ¿Es que no hay en la política española personas con sentido común y generosidad para conseguir este objetivo?

— *Impulsar la «normalización» de todas las anotaciones de gastos y movimientos económicos de servicios públicos*, para integrarlos en bases de datos a que se pueda acudir *en cualquier momento*, de un modo más o menos semejante a las empresas que para competir necesitan conocer sus debilidades con rapidez.

— *Hacer posible máxima transparencia pública*, que parta de lo anterior y que ofrezca información permanente e independiente de la actuación operativa de todos los servicios centrales, territoriales, autonómicos y de cualquier clase, al alcance de todas las autoridades y ciudadanos e integrada en sistemas INTERNET, con muy fácil acceso para cualquiera que lo desee. La complejidad

de la gestión pública moderna necesita esta transparencia, que evita abusos y corrupciones y que *induce a que la verdad impere (o al menos mejore) en la gestión pública. En mi experiencia, la transparencia real de esta clase es casi el único freno para los abusos, la corrupción y el despilfarro.*

— *Reforma operativa de los servicios públicos*, aprovechando técnicas modernas de actuación eficiente y consecuente reducción de costes frente a los actuales, todavía inspirados en situaciones y necesidades de hace más de un siglo, y que no sirven para enfrentarse ni con la competencia internacional ni con las obligaciones de solidaridad hacia los ciudadanos necesitados. Las actuaciones sólo retóricas son inoperantes y engañosas, como lo es el miedo al riesgo que impera en todo cambio.

— *Buscar mayor integración con los países que hablan el castellano*, lo que ya casi está ocurriendo. Destaco que uno de los aspectos esperanzadores de este fin de siglo es la presencia creciente de empresas importantes españolas en Iberoamérica, de gran valor para la mayor integración de nuestras dos orillas del Atlántico, incluso para la mejor penetración de Europa en Iberoamérica. Ocorre con bancos, telefónicas, eléctricas y otros servicios públicos; es la gran buena noticia, que repercutirá en el siglo XXI, contraria a las negativas del fin de siglo pasado. Comento con inmodestia que esa actuación o estrategia fue iniciada en 1971 por MAPFRE, bajo mi dirección, que ha conseguido en el momento actual ser la primera «en seguro directo» por volumen de primas de todas las aseguradoras directas de Iberoamérica, con una cuota superior al 12% del mercado, además es también la primera entre las «reaseguradoras» que allí operan, y también la número uno de servicios de asistencia en el territorio.

— *Preparar modificaciones en la estructura financiera de la Unión Europea*, que creo inevitable se produzcan en la primera década del próximo siglo como repercusión de las necesidades de los últimamente incorporados, y también el excesivo coste estructural burocrático de la Unión Europea y las tensiones de competencia con otras regiones del mundo, que obligarán a reducir las compensaciones de cualquier clase a quienes hayan alcanzado un equilibrio suficiente interno, como lógicamente ha de ocurrir en España, e incrementarán la resistencia a mantener aportaciones, en especial en Alemania, cuando ésta a su vez tenga dificultades en el equilibrio de sus gastos internos. La Unión Europea se creó fundamentalmente para favorecer la competencia y liberalizar la economía, y ha dedicado fondos en gran parte a reducirla y acostumar a compensaciones de diversa clase, algo semejantes al PER de los trabajadores en el Sur de España.

— *Dedicar un uno por ciento por lo menos del gasto público*, casi el 50% más a que aspiran con buena voluntad los «grupos del 0,7%», y además *sin ninguna clase de compensación*, para ayudar a los pueblos más pobres de la humanidad. No deberían merecer el título de país digno los que rehusen hacerlo, aunque se perjudiquen intereses materiales de los ciudadanos.

— *Compensar la reducción de natalidad por egotismo o por las razones que sea*, aceptando la entrada aproximada de 250.000 inmigrantes al año, casi lo que se pierde por la diferencia entre nacimientos y muertes, y que esa cifra se reparta entre Iberoamérica, Marruecos y Filipinas, con un sistema de cuotas que en parte ya existe. Una causa del éxito y crecimiento actual de Estados Unidos ha sido precisamente la inmigración. Nosotros lo debemos impulsar, aceptando las limitaciones que nos imponga la integración en Europa. Los «peligros» del mestizaje son para mí ventajas.

Los anteriores objetivos, unidos a las obligaciones por bienestar solidario, representan aumento sustancial de obligaciones colectivas (yo las llamo de bienestar social), que algunos consideran imposibles de superar, pero al final de los años cincuenta, cuando afronté en MAPFRE una situación muy grave, las recomendaciones que recibí eran siempre contrarias a los principios generosos que yo creía procedentes; pero los apliqué y triunfé sobre todos los competidores que mantenían posturas «políticamente correctas». Así ocurriría en un país con energía moral suficiente para ofrecer a los necesitados del mundo una parte de sus recursos y para integrar otros pueblos en su seno. Hoy nadie considera esto, pero no tengo duda de que *es posible* e indispensable para un país digno.

Por otra parte, y para terminar, quiero señalar que en España es necesaria una «regeneración moral», así como la aceptación ciudadana de «valores generosos». No sé cómo se logrará, porque depende de individuos libres que en general no desean lo mismo, pero, como ahora se dice, si esto no ocurre «será nuestro problema».

Espero que sirva para algo lo que he dicho, y perdonarme todos aquellos que me consideréis, como en realidad soy, un «aguafiestas» en este mundo eufórico en que en estos años nos encontramos, pero así han sido siempre los carlistas.